

RESEÑAS

Marco Palacios, *Entre la legitimidad y la violencia: Colombia 1875-1994*. Santafé de Bogotá: Editorial Norma, 1995.¹

Es un placer tener la oportunidad de presentar este trabajo de Marco Palacios. Anunciado hace ya bastantes años, estaba empezando a competir en su retraso con un legendario volumen 2 de una *Historia de Colombia*, que yo anuncié imprevisivamente a fines de los setenta. Pero, mientras que probablemente nunca podrá decirse lo mismo de mi hipotético libro sobre la colonia, Palacios ha cumplido su promesa, y sus lectores podemos disfrutar un excelente y brillante trabajo, que muestra el resultado de muchos años de lectura, investigación y análisis.

El momento de su aparición resulta, por otra parte, interesante. Este último año ha sido particularmente duro para las ilusiones colombianas, que han visto nuevamente como los problemas de los últimos cincuenta años —la violencia, el narcotráfico, el desorden urbano, la guerrilla, la crisis de los partidos, la inexistencia de la justicia, quién sabe cuales más— muestran su resistencia a todo esfuerzo por enfrentarlos, y han dado al traste con las esperanzas que los resultados iniciales de los comienzos de los 90s habían producido: Para Marco Palacios, es ya evidente que los cambios constitucionales de 1991, acogidos con tanto alborozo por la mayoría de los intelectuales y por amplias capas del país, no afectaron mucho la estructura del poder y de los partidos, y que los cambios menores en la estrategia de lucha contra la guerrilla adoptados por Gaviria no han impedido —y hasta de pronto han ayudado a ello— que ésta se siga consolidando, mientras cae más y más el prestigio y la capacidad del ejército. También es obvio para el autor que la negociación de penas u otros éxitos circunstanciales en la lucha contra el narcotráfico no alteraron la fundamental resistencia de un negocio que se origina en la demanda y sobrevive por la complicidad de todos los defensores de la penalización del consumo de drogas. Y leídas hoy, resultan angustiosas sus anotaciones sobre la tendencia a reaccionar ante la violencia con la magia del aumento de penas y el estado de sitio, que parecía haber caído en desuso por la convicción firme, recogida por la Constituyente, después de treinta años de fracasar con este remedio, de que no hacía sino agravar los problemas. De alguna manera, la euforia de 1982-1995, barrida por la destrucción del Palacio de Justicia, está encontrando un paralelo en el menos brusco, pero igualmente severo, desencantamiento de los sueños de 1991.

¹ Palabras del doctor Jorge Orlando Melo en el lanzamiento del libro del profesor Marco Palacios, organizado por la Universidad Nacional y Editorial Norma el 29 de noviembre de 1995.

Quizás esto explique el tono sobriamente pesimista que encuentro en el texto. Y digo sobriamente pesimista, porque aunque quizás sea posible hacer mayor énfasis en algunos procesos de avance de la sociedad colombiana hacia una sociedad menos conflictiva y violenta, hacia un sistema capaz de anticipar, comprender y resolver los conflictos inherentes a la vida moderna, no puedo sino compartir la dramática descripción que hace el autor de cómo ha funcionado este país en este siglo, y de los resultados tan negativos en tantos aspectos de los esfuerzos de sus dirigentes políticos. Estos, en efecto, han estado siempre prestos a reivindicar una presunta calidad superior de la dirigencia colombiana, con base en tres o cuatro éxitos parciales en el manejo económico o político, pero dejando de lado que, si se les ha de dar crédito por la estabilidad económica o por el ingenio de ciertos arreglos políticos, o por la manera como han impedido el desarrollo del populismo, o por la modernización de la agricultura, también tienen que asumir la responsabilidad por haber llevado al país a este caos de violencia, impunidad, caos urbano, destrucción ecológica, retórica e ilegitimidad, que lo caracteriza: estas son muchas veces las consecuencias necesarias y casi siempre previsibles de la forma como se eligió desarrollar la política, organizar el Estado y enfrentar los problemas del cambio social y económico sufrido por Colombia en estos últimos cien años.

Este libro es, con todo y los aspectos de ensayo y de crítica política que incorpora, sobre todo al referirse a la última década, un libro de historia, en el sentido más clásico y elogioso posible: es un libro centrado en el análisis del Estado, al mismo tiempo como agente principal de los procesos políticos y como orientador del cambio económico y social. Por ello, ocupan el primer lugar de la escena la historia de las luchas por el poder, de la capacidad y la impotencia del Estado, de los conflictos entre los partidos políticos, de las diferentes formas de violencia, siempre dentro del contexto de los grandes procesos de cambio social y económico: la industrialización, la migración a las ciudades, las frustraciones y limitaciones del sindicalismo o del reformismo agrario. Al lado de esto, integrado estrechamente con la línea principal de argumentación, pero sin que puedan recibir espacio y atención similares, se encuentran otros temas de historia social y cultural: el cambio del papel y la posición de las mujeres, las transformaciones insatisfactorias de la educación, los rasgos del nacionalismo de nuestros compatriotas, la función de la iglesia o los avatares de la cultura, que reciben un tratamiento breve pero sustancioso. No resisto la tentación de subrayar, como índice del carácter poco convencional del tratamiento que hace Marco Palacios de la cultura, cómo en este libro no aparecen con su nombre García Márquez, Guillermo Uribe Holguín o Fernando

Botero, pero si Lucho Bermúdez o José Alfredo Jiménez, que sin duda han conformado las sensibilidades de los colombianos en mayor grado que otros poetas, pintores o músicos.

El párrafo siguiente es un buen ejemplo de las virtudes de este texto, de su capacidad de recoger en un estrecho nudo procesos muy complejos y contradictorios: “Suicidios con cortina musical. En los años cincuenta aumentó la circulación de tangos, que ganaron algún público de la clase media, aunque por su glorificación del malevaje, tenían de tiempo atrás adictos en el bajo mundo de Medellín y Bogotá. El cine mexicano trajo dos tipos de productos: los boleros, de estilo musical cubano, canciones de adulterios de las clases altas y medias, según apuntó un personaje de *Los elegidos*, la novela de Alfonso López Michelsen, y los corridos, pero sobre todo la canción ranchera. En este último género abunda la exaltación romántica de la pobreza del pueblo, alejado del ruido de la ciudad corrompida por la riqueza y escindida, según José Alfredo Jiménez, por “...esas cosas de las clases sociales”. Esta explosión musical coincidió con los años más sangrientos de la violencia. Fue acogida, quizás, como una reacción vitalista de los colombianos ante la tragedia que ni toda la censura de prensa podía ocultar. El país cantó, bailó, evocó con los mismos ritmos que paulatinamente habrían de ser más internacionales. . .

“En los años setenta y ochenta, tanto los hijos de las clases medias como los migrantes de la primera generación, afirmaron su personalidad con pocas inhibiciones y menos ideologías. Renuentes a desempeñar el papel de hombres masa, que buscaba imponerles una cultura pudibunda y acartonada, se distribuyeron, de acuerdo con su posición socioeconómica, por sectores claves del mapa urbano. Los peatones contribuyeron a definir los ritmos y ritos de las calles: espectadores de estadios y salas de cine, o trezados en acrobacias y juegos eróticos en las nuevas pistas de baile, hicieron patente la rigidez de los lenguajes corporales establecidos e hicieron cambiar los tonos oscuros de las indumentarias. En calles y plazas resplandecieron colores vivos, chillones, fosforescentes que rápidamente fueron promovidos en las pantallas de televisión.

“Mientras estos ritos y expresiones culturales parecían unir a las generaciones jóvenes por encima de las clases, otros medios insidiosos ponían a cada cual en su lugar. No sólo reaparecía el tema de los filtros del dinero y la conexión social para educarse y emplearse bien, sino el más acuciante de la inseguridad que habría de afectar de raíz las relaciones personales. Ha sido la época floreciente de empresarios de funerarias, cerrajerías y empresas de seguridad y guardaespaldas, así como de constructores y urbanistas que supieron anticipar la creciente demanda de murallas funcionales y de calles privatizadas”.

Es difícil lograr una descripción más compacta de los cambios en las formas de vida de esas dos décadas que siguieron al medio siglo: es casi un texto de novela.

Los párrafos anteriores son también un buen ejemplo de otra de las virtudes centrales de este trabajo: la preferencia, sobre las presentaciones sistemáticas de corte estructural o funcionalista, tan de moda hace pocos años, por buscar la forma de trabar los hilos de las posibles explicaciones generales con casos y ejemplos en la forma de un relato, muchas veces de abrumadora complejidad y riqueza, pausado y detallado. En vez de causas sociales, económicas, culturales o políticas, cuidadosamente estratificadas (recurso válido pero menos exigente de exposición histórica) los diversos hilos de cada proceso se trenzan en una narración en la que dejan de esgrimir su carácter estrechamente sectorial y en la que resulta clara su inscripción en un proceso temporal, con anticipaciones y frustraciones.

No voy a hacer ahora un debate con algunas de las afirmaciones de Marco Palacios que no me han convencido del todo. Quedará para la discusión implícita que podrán tener presentes los lectores cuando se publique el trabajo que debo entregar próximamente al Fondo de Cultura Económica, y que cubre el mismo ámbito temporal y temático.

Termino más bien señalando que he leído este libro con fascinación, gusto y entusiasmo. Y agrego, en modo personal, un reparo que mi esposa quizás calificaría como señal de una leve herida narcisista: en el detallado y útil comentario bibliográfico final, entre centenares y centenares de libros, tesis de grado, artículos y otras referencias, no encontré mis artículos sobre la modernización, la política sobre las drogas del presidente Barco, la política antioqueña en la primera mitad del siglo XX o los paramilitares, etc., ni referencia alguna a *Predecir el pasado*, donde recogí algunos de estos trabajos.

Pero esto queda más que compensado, en la misma vena personal, por la impresión de que, en las grandes líneas de interpretación, y a veces en mucho asunto específico, compartimos las mismas visiones de este siglo terrible y agitado, en el que no sólo se debatió Colombia entre la legitimidad y las violencias, sino que la misma violencia adquirió una incuestionada legitimidad.

Jorge Orlando Melo

Biblioteca Luis Angel Arango.